

Palíndromo chileno

Libros Por Arturo García Ramos.

El lenguaje media entre nosotros y el mundo, nos limita y conforma nuestra mirada, la relación que tenemos con la historia y sus personajes. Cuando el lenguaje es reversible surge el palíndromo asediándonos con su visión doble y mefistofélica: «Satán sala las natas». Lo que el chileno Carlos Franz propone en *Almuerzo de vampiros* es una lectura de ida y vuelta de la reciente historia de su país, un inquietante doble sentido en el que todo parece igual, como en los palíndromos, pero nada es lo mismo. Dos hombres, ya maduros, conversan en una terraza. Han pasado muchas cosas desde que se vieron por última vez. Fueron, entre otras cosas, testigos y víctimas de la dictadura del general Pinochet. Uno de ellos, alias Zósima, declara para escándalo general de cuantos concurren a la repleta terraza del Flaubert: «Nuestra época -la de la dictadura- fue la mejor.»

Cunden las miradas de reproche, incluso el comentario recriminatorio de algunas personas importantes que los escuchan. En aquella época, dice Zósima, estuvieron prohibidas las admiraciones sociales y políticas; en esta, la admiración ha sido sustituida por la ambición. El presente es en Chile una época en la que ya nadie admira, ya nadie idealiza ni ama.

Circo cruel. Pero ¿puede entender alguien -como dice Günter de Bruyn- la nostalgia que suscita la desaparición de un orden detestable? Quizá la respuesta está en la amputación que acompañó a su desaparición, porque lo que Zósima echa de menos es el don de soñar otro mundo mejor, algo hoy impensable e imposible. Durante un largo almuerzo los dos hombres evocan su pasado de estudiantes en el liceo y la fascinación que sintieron por uno de sus profesores. Un hombre luminoso y modélico por su conducta ética, un sabio, un ejemplo para los estudiantes. Pero he aquí que, tras la llegada al poder del general, el narrador se topa con un antiguo discípulo convertido ahora en cabecilla de un grupo de rufianes muy escogidos: un médico, un director de cine, una prostituta y? un maestro. El maestro es la parodia envilecida de aquel al que admiraron y que desapareció en las

detenciones que siguieron al establecimiento de la dictadura sin que volvieran a saber de él. Las dos versiones del profesor, la figura y su contrafigura son sólo el ejemplo más conspicuo de la transformación de un mundo en su sombra grotesca, en un circo cruel donde todo ha perdido su lustre y semeja el espectro vampírico de cuanto tuvo dignidad y nobleza.

La realidad desposeída ha sido reducida a su sola apariencia. Asistimos a un juego de erosión y derrumbe en el que los personajes son meros fanchos y del que no se libra ni el lenguaje.

Diccionario diabólico. Al tiempo que narra, Franz va definiendo palabras, como un renovado Ambrose Bierce que compilara su imprescindible diccionario diabólico. En ese sucinto vocabulario está el resumen de lo que es para él la realidad chilena: fome, pico, pajero, talla. El coro bufonesco que protagoniza la novela proyecta realizar una película, La gran talla de Chile, pero ese guión ficticio se confunde con la propia realidad, es más, no quiere ser algo distinto del mundo sino suplantarlo. La broma, la talla, tiene también la condición diabólica del palíndromo, propone subvertir los significados y desvalorizar los conceptos. El orden del grupo está en manos de un brutal asesino, la figura del maestro es parodiada por un esperpéntico personaje que lo imita en todo pero que no alcanza a ser sino su sombra chinesca, hasta el enigmático Zósima parece un espectro que proyecta el lado más satánico del protagonista.

Almuerzo de vampiros es un libro de madurez. Carlos Franz había destacado ya en El desierto enfrentando la conciencia ética y la historia, advirtiéndonos que el futuro no puede construirse desviando la mirada del pasado. En esta, la técnica se ha complicado en planos narrativos que habilidosamente se insertan unos en otros y el mensaje de El desierto se ha interiorizado y afilado. Aquí nos revela que esa perspectiva del análisis de lo que sucedió no puede limitarse a una sola dirección -reconociendo las desapariciones, la tortura y la degradación moral- sino que con la dúctil reversibilidad del palíndromo hay que volver la vista hacia adelante para saber lo que es el presente y no dejarse llevar por el espejismo de la autocomplacencia en el que parecen anegados los chilenos importantes sentados en la terraza del Flaubert. Carlos Franz quiere que Chile se mire hasta el fondo y desde todos los ángulos posibles para tratar de responderse la pregunta que Peter Lorre hace al tribunal en El vampiro de Düsseldorf: «¿Quién podría entender lo que es un ser como yo?»

